

CAPÍTULO VII.

Guillermo de Orange y los partidos ingleses.

1687.

I. Guillermo, Príncipe de Orange. Sus primeros años y su educación. — II. Sus opiniones religiosas. — III. Sus dotes militares. — IV. Su amor al peligro. Su aparente frialdad y fuerza de sus emociones. — V. Su amistad con Bentinck. — VI. María, Princesa de Orange. — VII. Gilberto Burnet. — VIII. Logra reconciliar á los Príncipes. — IX. Relaciones de Guillermo con los partidos ingleses. — X. Unidad de su política. — XI. Guillermo, jefe de la oposición en Inglaterra. — XII. Propone Mordaunt á Guillermo un desembarco en Inglaterra. — XIII. Descontento general producido por la caída de los Hydes. — XIV. Conversiones al catolicismo. — XV. Juan Dryden. — XVI. *La Cierva y la Pantera*. — XVII. Cambio en la política de la corte respecto á los puritanos. — XVIII. Tolerancia del Rey con los disidentes escoceses. — XIX. Conferencias en Palacio. El almirante Herbert. — XX. *Declaración de Indulgencia*. — XXI. Actitud de los protestantes disidentes. — XXII. Actitud de la Iglesia anglicana. — XXIII. La Corte y la Iglesia anglicana. — XXIX. *La Carta á un disidente*. — XXV. Conducta de los disidentes. — XXVI. Pónense algunos del lado de la corte. — XXVII. La mayoría de los puritanos contraria á Jacobo. Baxter, Howe. — XXVIII. Juan Bunyan. — XXIX. Guillermo Kiffin. — XXX. Hostilidad de los Príncipes de Orange á la *Declaración de Indulgencia*. — XXXI. Sus opiniones tocante á la reivindicación de los católicos ingleses. — XXXII. Enemistad de Jacobo con Burnet. — XXXIII. Embajada extraordinaria de Dykvelt á Inglaterra. — XXXIV. Negociaciones de Dykvelt con los estadistas ingleses. — XXXV. Danby y Nottingham. — XXXVI. Halifax. — XXXVII. El Conde de Devonshire. — XXXVIII. Eduardo Russell. — XXXIX. Churchill. — XL. Lady Churchill y la Princesa Ana. — XLI. Regresa Dykvelt al Haya, con cartas de algunos ingleses de los más eminentes. — XLII. Zulestein

enviado á Inglaterra en reemplazo de Dykvelt.—XLIII. Crece la enemistad de Guillermo con Jacobo.—XLIV. Influencia de la prensa holandesa.—XLV. Correspondencia de Stewart con Fagel.—XLVI. Embajada de Castelmaine á Roma.

I.

GUILLERMO, PRÍNCIPE DE ORANGE.—SUS PRIMEROS AÑOS
Y SU EDUCACIÓN.

Es tan importante el lugar que ocupa Guillermo Enrique, príncipe de Orange Nassau, en la historia de Inglaterra y de la humanidad, que habremos de describir con alguna minuciosidad los rasgos más salientes de su carácter (1).

Tenía á la sazón treinta y siete años, pero así de alma como de cuerpo era más viejo que otros hombres de la misma edad, y aun pudiera decirse que nunca había sido joven. Su aspecto exterior nos es casi tan familiar como á sus generales y consejeros. Pintores, escultores y medallistas echaron mano de todos los recursos del arte á fin de transmitir sus facciones á la posteridad; y sus facciones eran de tal suerte que ningún artista podía reproducirlas sino con exacto

(1) Los principales materiales de que me he valido para esta descripción del Príncipe de Orange se hallarán en la *Historia* de Burnet y en las *Memorias* de Temple y Gourville, en las *Negociaciones* de los Condes de Estrades y Avaux, en las *Cartas de sir Jorge Downing al lord Canciller Clarendon*, en la voluminosa *Historia* de Wagenaar, en Van Kamper, *Karakterkunde der Vaderlandsche Geschiedenis*, y sobre todo en la correspondencia confidencial del mismo Guillermo, de la cual permitió sacar copia el Duque de Portland á sir Jacobo Mackintosh.

parecido, y tales que una vez vistas, no se olvidaban jamás. Su nombre presenta en seguida ante nosotros un hombre de cuerpo débil y delgado, ancha y altiva frente, nariz encorvada como pico de águila, ojos que en brillantez y perspicacia rivalizaban con los del águila, aspecto pensativo y algo triste, boca revelando firmeza y un si es no es burlona, pálidas y delgadas mejillas que la enfermedad y los cuidados redujeran á triste estado de demacración. Aquel aspecto solemne, pensativo y severo no puede haber sido el de un hombre feliz ó de humor alegre, antes es indicio cierto y seguro de capacidad no superada por las más arduas empresas y de fortaleza inquebrantable ante todos los peligros y reveses.

La naturaleza había dotado pródigamente á Guillermo de todas las cualidades que hacen el gran gobernante, y la educación había desarrollado en grado no común aquellas cualidades. Dotado de gran sentido y rara fuerza de voluntad, se encontró al despuntar su inteligencia huérfano de padre y madre, jefe de un gran partido presa ya del desaliento y el descrédito, y heredero de vastas é indefinidas pretensiones que excitaban temor y aversión á la oligarquía, cuyo poder era entonces soberano en las Provincias Unidas. El pueblo llano, que por espacio de una centuria había dado muestras de cariñosa adhesión á su familia, donde quiera que le veía indicaba, de manera que no dejaba lugar á duda, que le miraban como su legítimo jefe. Los hábiles y experimentados Ministros de la República diariamente acudían á rendirle fingidos homenajes, y en realidad á observar el desarrollo de su inteligencia. Los primeros movimientos de su ambición eran vigilados cuidadosamente; anotábase toda palabra imprudente que se escapaba de sus labios, y cerca de él no había un solo consejero en quien

podiera confiar. Aun no tenía quince años cuando todos los de su servidumbre, afectos á su causa ó admitidos á su confianza, fueron apartados de su lado por el receloso Gobierno. En vano protestó contra tal medida con energía impropia de sus años. Más de una vez pudieron ver correr el llanto de sus ojos, vigilantes espías colocados cerca del joven prisionero de Estado. Su salud, naturalmente delicada, cedió por algún tiempo á las emociones producidas por su triste situación. Pero los infortunios que desalientan y enervan á los débiles, hacen que con mayor brío desplieguen los fuertes toda su energía. Rodeado de asechanzas en donde hubiera perecido cualquier otro joven, Guillermo aprendió á caminar con paso á la vez canteloso y seguro. Mucho antes de haber entrado en la edad viril sabía guardar los secretos, burlar la ajena curiosidad con breves y sagaces respuestas y ocultar sus sentimientos bajo la misma invariable apariencia de grave tranquilidad. En tanto progresaba muy lentamente así en los estudios como en las demás prendas necesarias al caballero cortesano. Los modales de la nobleza holandesa de aquel tiempo carecían de la gracia que en su más alto grado de perfección distinguía á los caballeros franceses, y que si bien en grado inferior adornaba la corte de Inglaterra; y sus modales eran completamente los de un holandés. Aun entre sus paisanos pasaba plaza de brusco, y á los extranjeros generalmente parecía rudo y descortés. En el trato social parecía las más veces ignorante ó negligente de aquellas artes que doblan el valor de un favor y hacen perdonar el disgusto de una negativa. Las ciencias y las letras apenas le llamaban la atención, y así, desconocía por completo los descubrimientos de Newton y Leibnitz, y los poemas de Dryden y Boileau. El teatro

le cansaba, y de muy buena gana, apartando la atención del escenario, se ponía á hablar de asuntos políticos mientras Orestes se irritaba ó Tartuffe estrechaba la mano de Elmira. No le faltaba talento para el sarcasmo, y con frecuencia empleaba sin darse cuenta de ello una retórica natural y extravagante sin duda, pero original y vigorosa. Sin embargo, no hacía el menor alarde de ingenio ni oratoria. Su atención se fijaba principalmente en aquellos estudios que forman al sagaz y astuto hombre de negocios. Desde niño escuchaba con interés siempre que se discutían altas cuestiones de hacienda, guerra y alianzas de naciones. Sus conocimientos en geometría no iban más allá de lo necesario para la construcción de un rebellín ó un hornabeque. En cuanto á las lenguas, con ayuda de una memoria singularmente feliz, aprendió lo suficiente para comprender y contestar á cuanto se le dijese y á todas las cartas que recibía. El holandés era su lengua nativa, y además comprendía el latín, el italiano y el español. Hablaba y escribía también el francés, el inglés y el alemán, cierto que sin elegancia ni corrección, pero con afluencia é inteligentemente. Nada más importante para un hombre que había de pasar la vida organizando grandes alianzas, y al frente de ejércitos formados de tropas de distintos países.

II.

SUS OPINIONES RELIGIOSAS.

Las circunstancias le obligaron á fijar la atención en algunas cuestiones filosóficas de índole especial, que, según parece, le interesaron más de lo que fuera

de esperar, dadas sus condiciones de carácter. Había entre los protestantes de las Provincias Unidas, como entre los de nuestra isla, dos grandes partidos religiosos que casi coincidían exactamente con dos grandes partidos políticos. Los jefes de la oligarquía municipal eran arminianos, siendo en general mirados por la multitud poco menos que como católicos. Los Príncipes de Orange habían figurado siempre como patronos de la religión calvinista, y debían gran parte de su popularidad al celo que siempre habían mostrado por la doctrina de la elección y la perseverancia final, celo no siempre ilustrado por el saber ni templado por la humanidad. Guillermo había sido educado desde niño con gran esmero en la religión de su familia, por la cual mostraba aún celo más entusiasta que el que generalmente despliegan los hombres por la fe que heredaron de sus mayores. Había meditado en los grandes enigmas discutidos en el sínodo de Dort, encontrando que la austera é inflexible lógica de la escuela ginebrina era muy adecuada á su inteligencia y á su carácter. Ciertamente nunca imitó los ejemplos de intolerancia dados por algunos de sus antecesores. Sentía decidida aversión por toda suerte de persecuciones, declarándolo así no sólo cuando tal confesión parecía exigida por su política, sino aun en ocasiones en que el silencio ó el disimulo en esta parte hubieran favorecido más sus intereses. Eran, sin embargo, sus opiniones religiosas más firmes que las de sus mayores. El dogma de la predestinación era la base fundamental de sus creencias, y con frecuencia declaraba que si hubiera de abandonar aquel dogma tendría igualmente que abandonar la fe en una Providencia que todo lo dirige, convirtiéndose de este modo al epicureísmo. Excepto en este solo ejemplo, toda la savia de su vi-

goroso entendimiento, apartándose de la especulación, se había dedicado desde muy temprana edad á la práctica. Las dotes necesarias para la dirección de importantes negocios habían llegado en él á su madurez á la edad en que apenas dan muestras de florecencia en los demás hombres. Desde el tiempo de Octavio no había visto el mundo ejemplo semejante de precocidad para los negocios de Estado. Los más hábiles diplomáticos quedaban sorprendidos al escuchar las importantes observaciones que á los diez y siete años inspiraban al Príncipe los asuntos públicos, y más aún les sorprendía el ver á un mancebo que en circunstancias en que debía mostrar al exterior la tormenta de pasiones que ardía en su pecho, conservaba tan serena é imperturbable compostura como ellos mismos. A los diez y ocho años tomaba asiento entre los padres de la república, tan grave, tan sereno y tan discreto como el más viejo de todos ellos. Tenía veintinueve años, cuando en un día de angustias y terrores fué colocado al frente de la administración, y á los veintitres era famoso en toda Europa como soldado y como político. Había arrojado á sus plantas las facciones domésticas; era el alma de una poderosa coalición, y había peleado honrosamente en el campo contra algunos de los más grandes generales de su tiempo.

III.

SUS DOTES MILITARES.

Sus aficiones eran más propias de guerrero que de hombre de Estado; pero él, como su bisabuelo, el taciturno príncipe que fundó la república bátava, ocupaba puesto más eminente entre los hombres de Estado

que entre los guerreros. El éxito de las batallas no es ciertamente prueba indudable de los talentos militares de un caudillo; y sería por todo extremo injusto sujetar á Guillermo á tal prueba, pues casi siempre le tocó luchar con generales que eran maestros consumados en el arte de la guerra y con tropas muy superiores á las suyas en disciplina. Sin embargo, debemos creer que en modo alguno igualaba, como general en el campo, á algunos que le eran muy inferiores en inteligencia y talento. A los que eran admitidos á su confianza, hablaba de esto con la magnánima franqueza de quien habiendo terminado grandes cosas podía sin desdoro confesar algunos defectos. Nunca había hecho el aprendizaje de la milicia, según él mismo decía. Cuando aun era niño había tenido que ponerse á la cabeza de un ejército, y entre sus oficiales no había ninguno bastante competente para instruirle. De ese modo no había tenido otros maestros que los propios desatinos, ni más lecciones que sus consecuencias. Y así exclamaba en una ocasión: *«Daría con gusto buena parte de mis estados por haber servido algunas campañas á las órdenes del Príncipe de Condé, antes de tener que mandar contra él.»* Es probable que la misma circunstancia que impidió que Guillermo llegase á ser gran estratégico, haya ayudado al desarrollo de su poderosa inteligencia. Si sus batallas no le acreditan de gran táctico, por lo menos le dan derecho á la calificación de grande hombre. No hubo desastre que por un momento le privase de su serena firmeza ó de la entera posesión de todas sus facultades. Acudía á reparar sus derrotas con tan maravillosa celeridad, que antes que sus enemigos hubieran tenido tiempo de cantar el *Te Deum*, ya estaba otra vez pronto para la pelea; ni la adversa fortuna le privó nunca del respeto y confianza de sus soldados. Aquel respeto y

confianza eran debidos principalmente á su valor personal. La gran mayoría de los hombres poseen ó pueden adquirir con ayuda de circunstancias propicias el valor necesario para mandar sin deshonra al soldado durante la campaña. Pero valor como el de Guillermo, es ciertamente raro. Vióse sujeto á todo linaje de pruebas: la guerra, las heridas, enfermedades penosas acompañadas de terribles dolores, mares tempestuosos, constante é inminente riesgo de ser asesinado, riesgo que ha hecho temblar los nervios más fuertes, y que logró impresionar vivamente la diamantina fortaleza de Cromwell. Sin embargo, á nadie fué dado descubrir si podría haber algo capaz de intimidar al Príncipe de Orange. Dificilmente podían sus consejeros hacerle tomar precauciones contra las pistolas y las dagas de los conspiradores (1). Viejos marineros quedaban sorprendidos al ver la grave compostura que conservaba en medio del brammar de la rompiente en una costa peligrosa. En la pelea su bravura le hacía distinguir entre millares de valientes guerreros; le valía el generoso aplauso de ejércitos enemigos, y nunca fué puesta en duda por la injusticia de hostiles facciones. En las primeras campañas exponía su persona semejante á un hombre que buscase la muerte; era siempre el primero en la acometida y el último en retirarse; peleaba espada

(1) Después de la paz de Ryswick, suplicaban á Guillermo sus amigos con grandes instancias que hablase seriamente al Embajador francés acerca de los planes de asesinato que sin cesar urdían los jacobistas de San Germán. Es por todo extremo característica la indiferente magnanimidad con que recibió estas intimaciones de peligro. A Bentinck, que había mandado de París noticias muy alarmantes, solo contestó al final de una larga carta de negocios: *«Pour les assassins je ne luy en ay pas voulu parler croiant que c'etoit au dessous de moy.»* Mayo 2 (12), 1698. Conservo la ortografía del original, si así puede llamarse.

en mano, en lo más recio de la batalla, y herido en un brazo de una bala de mosquete, corriéndole la sangre por la coraza, se mantenía firme y hacía rostro al más vivo fuego del enemigo. Conjurábanle sus amigos á que mirase más por su vida, que era inapreciable para la patria; y su más ilustre antagonista, el gran Condé, observaba, después de la sangrienta jornada de Seneff, que el Príncipe de Orange en todo se había portado como un general veterano, excepto en haber arriesgado su vida como un recluta. Guillermo negaba que pecase de temerario. La conciencia de su deber, decía, y el frío cálculo de lo que convenía al bien público, era lo que siempre le hacía acudir al puesto de peligro. No eran muy aguerridas las tropas que mandaba, y rehuían el encuentro con los veteranos del ejército francés. Fué preciso que su caudillo les enseñase cómo se ganan las batallas. Y en realidad más de una jornada que parecía irremisiblemente perdida se ganaba al fin, merced al inquebrantable esfuerzo con que reunía sus dispersos batallones, castigando severamente por su mano á los cobardes que daban el ejemplo de la fuga. A veces, sin embargo, parecía como si tuviese extraño placer en aventurar su persona. Notábase que nunca parecía más contento, ni era mayor su amabilidad y cortesía, que en medio del tumulto y carnicería de la batalla. Aun en sus pasatiempos necesitaba el acicate del peligro. Los naipes, el ajedrez y el billar no le divertían; su recreo favorito era la caza, y le gustaba tanto más, cuanto era más peligrosa. Acontecíale en la caza encontrar obstáculos en el camino, que solía vencer con saltos tan formidables, que sus más atrevidos compañeros apenas se aventuraban á seguirle. Según parece, encontraba buenas para entretenimiento de mujeres las más arriesgadas cacerías de Inglaterra, y suspi-

raba en el gran parque de Windsor por las fieras que acostumbraba á perseguir en las selvas de Gueldres, lobos, jabalíes y enormes ciervos cuyas astas no contaban menos de diez y seis mogotes (1).

IV.

SU AMOR AL PELIGRO.—SU APARENTE FRIALDAD Y FUERZA DE SUS EMOCIONES.

Hacíase tanto más notable su temeraria audacia á causa de la extremada delicadeza de su organización física. Desde niño había sido débil y enfermizo, y en los primeros años de la juventud sus dolencias se habían agravado, efecto de un terrible ataque de viruela. Padeecía de asma y consunción, y constantemente agitaba su débil cuerpo la incesante fatiga de la tos. No podía dormir si no reposaba su cabeza sobre varias almohadas, y apenas podía respirar donde el aire no fuese purísimo. Torturábanle continuamente terribles dolores de cabeza, y el ejercicio le fatigaba en seguida. Los médicos alimentaban constantemente las esperanzas de sus enemigos, fijando la fecha en que, á haber algo de cierto en la ciencia médica, era imposible que su constitución pudiese resistir por más

(1) De Windsor escribía á Bentinck, á la sazón embajador en París: «J'ay pris avant hier un cerf dans la forest avec les chains du Pr. de Denm. et ay fait un assez jolie chasse, autant que ce vilain pays le permest.» Marzo 20 (abril 1.º), 1698. Mala es la ortografía, si bien no peor que la de Napoleón. De Loo escribía Guillermo más contento: «Nous avons pris deux gros cerfs, le premier dans Dorewaert, qui est un des plus gros que je sache avoir jamais pris. Il porte seize.» 25 de oct. (4 de nov.) 1697.

tiempo. Sin embargo, durante toda una existencia que se redujo á una larga enfermedad, la fuerza de su espíritu no le abandonó nunca, sobreponiéndose en las grandes ocasiones á los sufrimientos y á la debilidad física.

Había nacido con violentas pasiones y exquisita sensibilidad; pero la fuerza de sus emociones jamás se traslucía al exterior. Ocultaba á los ojos de la multitud sus alegrías y sus penas, su resentimiento y su afecto bajo la más flemática serenidad que le daba fama de ser el hombre más frío del mundo. Raras veces los portadores de buenas nuevas descubrían en su rostro la más leve señal de regocijo, y en vano buscaban muestras de disgusto en su aspecto los que le veían después de una derrota. Elogiaba y reprendía, recompensaba y castigaba con la serena tranquilidad de un jefe Mohawk; pero los que le conocían bien y le veían de cerca, sabían que bajo aquel hielo ardía constantemente el fuego más abrasador. Muy rara vez la ira le ponía fuera de sí; pero cuando en realidad se enfurecía, el primer desahogo de su enojo era terrible, no pudiendo con seguridad ni aun acercársele. En tan raras ocasiones, sin embargo, no bien volvía á ser dueño de sí, daba reparación tan cumplida á los que había ofendido, que casi les hacía desear nuevamente otro arrebato de furia. Su cariño era tan impetuoso como su odio. Cuando amaba hacía lo con toda la energía de su alma, y si la muerte le privaba del objeto de su cariño, los pocos que presenciaban su dolor temblaban por su razón y por su vida. Para un pequeño círculo de amigos íntimos en cuya fidelidad y discreción podía tener completa confianza, era un hombre distinto de aquel estoico y reservado Guillermo, á quien la multitud suponía destituido de humanos sentimientos. Era bondadoso, cordial, franco y hasta ale-

gre y chistoso; permanecía á la mesa horas enteras, y tomaba parte como cualquier otro en la festiva y bulliciosa charla.

V.

SU AMISTAD CON BENTINCK.

Ocupaba el primer lugar en su afecto un caballero al servicio de su casa llamado Bentinck, descendiente de una noble familia báltava, y destinado á ser el fundador de una de las grandes familias patricias de Inglaterra. La fidelidad de Bentinck había estado sujeta á pruebas no comunes. Cuando las Provincias Unidas luchaban por la independencia contra el poderío de Francia, el joven Príncipe, en quien todos tenían puesta la esperanza, fué atacado por la viruela, enfermedad que había sido fatal á muchos individuos de su familia, y que al principio se presentó en él con muy mal aspecto. Grande fué la consternación del pueblo. Las calles del Haya estaban llenas de la mañana á la noche de personas que ansiosamente preguntaban cómo se hallaba S. A. Por fin, tomó la enfermedad carácter más benigno, y la gente atribuía su salvación no sólo á la singular serenidad de su espíritu, sino también á la intrépida é infatigable amistad de Bentinck. Sólo de sus manos tomaba Guillermo el alimento y las medicinas. Bentinck sólo era quien levantaba á Guillermo del lecho y quien le acostaba. «Yo no sé, decía Guillermo á Temple, lleno de emoción, si Bentinck durmió ó no mientras estuwo enfermo. Lo único que sé es que en diez y seis días con sus noches, ni una sola vez se me ocurrió pedir algo sin que Bentinck acudiese